

WISOMERSET MAUGHAM

**TRAS
UNA
NOCHE
DE
ESPANTO**



Este libro se compone de seis relatos breves de carácter heterogéneo. El primero de ellos, que da título al libro, fue llevado al cine con el título de «La bandera amarilla» (*Vessel of wrath*, 1938), película dirigida por Erich Pommer, con Charles Laughton y Elsa Lanchester como protagonistas. Los relatos son:

Tras una noche de espanto, Lord Mountdrago, Las tres gordas de Antibes, Escalera Real, Retrato de un caballero y Los cuatro holandeses.

Tras una noche de espanto

Pocos libros hay en el mundo que tengan más enjundia que los *Informes Náuticos* publicados por el Departamento Hidrográfico por orden de los Lores encargados del Almirantazgo. Forman unos volúmenes preciosos, encuadernados en tela flexible de diferentes colores, y puede decirse que los más caros resultan baratos. Por cuatro chelines puede comprarse *El piloto del Yangtse Kiang*, que contiene una descripción de dicho río y los informes para navegar por él desde el río Wusung hasta donde es navegable, incluyendo el Han Kiang, el Kialing Kiang y el Min Kiang; y por tres chelines la Parte III de *El Piloto del Archipiélago Oriental*, que comprende el extremo NE de Célebes, el paso de las Molucas, el estrecho de Giloto, los mares de Arafura y de la Banda y las costas del norte, oeste y sudoeste de Nueva Guinea. Pero no es una compra recomendable si se es una persona de costumbres sedentarias y no quiere alterarlas, o si se tiene una ocupación que le retenga en un sitio fijo. Esos libros, de apariencia comercial, nos incitan a realizar fantásticos viajes imaginarios, y su estilo escueto, su orden admirable, la concisión con que exponen la materia, el sentido práctico que los informa no pueden evitar que la poesía, como la brisa cargada de aromas que penetra en nuestros sentidos con una sutil languidez al acercarnos a una de esas mágicas islas de los mares del Sur, resplandezca con exquisita fragancia en sus páginas impresas. Nos informan de los fondeaderos y puntos de desembarco, de las provisiones que pueden encontrarse en cada sitio y de los lugares donde se puede obtener agua. Nos indican las lu-

ces, boyas, marcas, vientos y tiempo que encontraremos en cada paraje. Nos dan una breve noticia de la población y del comercio. Y causa extrañeza, viendo la seriedad con que todo está escrito sin desperdiciar palabras, que, por añadidura, aun encontremos más. ¿El qué? Pues el misterio y la belleza, la fantasía y la fascinación de lo desconocido. No es un libro vulgar aquél que puede ofrecernos, al volver sus páginas al azar, un párrafo como éste: «Abastecimiento: si se conserva un reducido número de aves de la jungla, la isla, en cambio, alberga numerosas especies de aves marinas. En el lago hay tortugas, así como muchos peces, incluyendo el mújol gris, el tiburón y la lija. No cabe utilizar con éxito la jábega, pero hay peces que pueden pescarse con caña. En una choza se guarda una pequeña cantidad de provisiones en conserva y de alcohol para socorrer a los náufragos. Hay agua potable en un manantial, a poca distancia del lugar de desembarco.» ¿Por ventura necesita la imaginación más material que éste para efectuar un viaje a través del tiempo y el espacio?

En el volumen de donde he copiado el párrafo anterior, los compiladores describen con la misma concisión las islas Alas. Estas forman un grupo o cadena de islas, «la mayoría bajas y frondosas, que se extienden unas setenta y cinco millas de Este a Oeste y unas cuarenta de Norte a Sur». Lo que se conoce de ellas, nos dicen, es muy poco. Unos canales separan los distintos grupos, y varios barcos han pasado por ellos; pero dichos canales no han sido explorados a fondo y la posición de muchos escollos no ha podido ser determinada, por lo que se aconseja evitarlos. La población del archipiélago se calcula en unos ocho mil habitantes, de los cuales doscientos son chinos y cuatrocientos mahometanos. El resto son paganos. La isla principal es Baru; está rodeada por un arrecife de coral y en ella reside un Gobernador holandés. Su casa blanca con tejado rojo en la cumbre de una pequeña colina es lo más prominente que ven los buques de la *Royal Netherlands Steam Packet Company*

cuando, una vez al mes, de paso para Macassar, y cada cuatro semanas, de regreso de Merauke y Nueva Guinea, tocan en la isla.

En cierto momento de la historia del mundo, el Gobernador era Mynheer Evert Gruyter, el cual gobernaba a los habitantes de las islas Alas con una entereza templada por un sagaz sentido del ridículo. A los veintisiete años le pareció una gran cosa que le nombraran para un cargo de tanta importancia, y a los treinta seguía encontrándolo divertido. Sus islas no tenían comunicación por cable con Batavia, y el que pidiese instrucciones, cuando las recibía eran ya inútiles. Por eso hacía casi siempre lo que juzgaba más conveniente, confiando en su buena fortuna para librarse de tener un conflicto con las autoridades. Era un hombre de muy baja estatura... sólo medía cinco pies y cuarto... y extraordinariamente grueso, con una constitución exuberante. A causa del calor, se afeitaba la cabeza, y su rostro redondo y sanguíneo no tenía barba. Sus cejas eran tan rubias que apenas podían distinguirse, y sus ojos, pequeños y azules, tenían una mirada maliciosa. Él se daba cuenta de que su aspecto no era muy majestuoso, pero por su posición oficial trató de aparentarlo vistiéndose con distinción. Nunca iba a la oficina, ni se sentaba en la sala de juicios, ni salía a la calle, sin vestirse inmaculadamente de blanco. Llevaba muy ceñida su chaqueta de botones dorados, poniendo de manifiesto, a pesar de su juventud, un prominente abdomen. Su rostro bonachón brillaba con el sudor, y constantemente tenía que darse aire con un abanico de hoja de palmera.

Pero en su casa, míster Gruyter prefería usar un *sarong*, y entonces, con su cuerpo pequeño, rollizo y blanco, parecía un ridículo chino de diecisiete años. Tenía la costumbre de madrugar, y todos los días le servían el desayuno a las seis. Este siempre era el mismo. Se componía de un trozo de papaya, tres huevos fritos fríos, queso de Edam y una taza de café. Después de desayunarse, fumaba un gran ciga-

rro holandés, leía los periódicos, si no los había leído ya de cabo a rabo, y se vestía para ir a la oficina. Una mañana, mientras estaba vistiéndose, entró su *boy* en la habitación a decirle que el *tuan* Jones preguntaba si podría recibirle. Míster Gruyter se hallaba en pie ante el espejo. Tenía puestos los pantalones y estaba admirando su tórax. Arqueó la espalda para sacar el pecho, contrayendo a la vez el vientre, y se dio con satisfacción dos o tres palmadas en aquél. Era un pecho de atleta. Cuando el *boy* le anunció aquella visita, se miró a los ojos en el espejo, intercambiando con su imagen una leve e irónica sonrisa. Se preguntó qué diablos desearía su visitante. Evert Gruyter hablaba con la misma facilidad inglés, holandés y malayo, pero pensaba sólo en holandés. Le gustaba más. A su juicio, era una lengua más desvergonzada.

—Di al *tuan* que espere un momento, que saldré en seguida.

Se puso una túnica sobre el cuerpo desnudo, se la abotonó y entró luego en el salón. El reverendo Owen Jones se puso en pie.

—Buenos días, míster Jones —dijo el gobernador—. ¿Ha venido a tomar una copa conmigo antes de que comience mi labor cotidiana?

Míster Jones no sonrió.

—He venido a verle por un lamentable asunto, míster Gruyter —repuso.

El gobernador no se desconcertó por la seriedad de su visitante, ni le inquietaron sus palabras. Sus pequeños ojos azules brillaron humorísticamente.

—Siéntese, querido amigo, y coja un cigarro.

Míster Gruyter sabía perfectamente que el reverendo Owen Jones no fumaba ni bebía, pero no podía resistir la malévola tentación de ofrecerle una copa o un cigarro cada vez que le visitaba. Míster Jones movió negativamente la cabeza.

Míster Jones tenía a su cargo la misión anabaptista de las islas Alas. Su central radicaba en Baru, que era la más importante y poblada, pero tenía casas al cuidado de ayudantes indígenas en distintas islas del archipiélago. Era un hombre alto, delgado y melancólico, de cara amarillenta, alargada y consumida, y de unos cuarenta años de edad. Su pelo castaño ya era blanco por las sienes y tenía grandes entradas. Esto le daba un aire de vacío intelectualismo. Míster Gruyter sentía por él antipatía y respeto a la vez. Le era simpático por su carácter mezquino e imperioso. Él se consideraba un pagano bonachón que apetecía los placeres de la carne, y estaba decidido a disfrutar de ellos hasta donde las circunstancias lo permitieran, no pudiendo congeniar con una persona que los aborrecía todos. A su juicio, las costumbres del país convenían a sus habitantes, y no aprobaba los enérgicos esfuerzos del misionero para destruir un género de vida que durante siglos había dado buenos resultados. En cambio, le respetaba porque era honrado, trabajador y bueno. Míster Jones había nacido en Australia, de familia oriunda de Escocia, y era el único médico del archipiélago que tenía título; así, en caso de enfermedad, uno podía sentirse tranquilo sabiendo que no tendría que fiarse tan sólo de un practicante chino. Nadie sabía mejor que míster Gruyter lo útil que había sido para todos la ciencia de míster Jones y la caridad con que la ejercía. En cierta ocasión en que hubo una epidemia de gripe, el misionero hizo el trabajo de diez hombres, y ni las tormentas ni los tifones pudieron impedir que fuese de una isla a otra cuando su asistencia era necesaria.

Vivía con su hermana en una casita blanca, a media milla del poblado, y cuando el gobernador llegó a la isla fue a bordo a recibirle, rogándole que se hospedara en su casa hasta que tuviese la suya en orden. Míster Gruyter aceptó, no tardando en darse cuenta de la sencillez con que vivían los dos hermanos. Aquella, vida era superior a sus fuerzas. Tomaban té en las tres frugales comidas, y cuando él en-

cendió un cigarro, míster Jones le rogó que no fumase, porque tanto él como su hermana no transigían con ese vicio. A las veinticuatro horas, míster Gruyter se trasladó a su casa. Huyó aterrorizado, como de una ciudad atacada por el cólera. Al gobernador le gustaban las bromas y le agradaba reír; el estar con un individuo que oía los mayores disparates con una lúgubre seriedad y que no se reía nunca, ni siquiera al contarle el mejor chiste que uno recordaba, era algo superior a sus fuerzas. El reverendo Owen Jones podía ser un hombre benemérito, pero como compañero era intolerable. Su hermana era aún peor. También a ella le faltaba el más vulgar sentido del humor, pero mientras el misionero tenía un carácter melancólico y cumplía escrupulosamente con su deber, con la absoluta convicción de que en este mundo todo resultaba inútil, miss Jones, por el contrario, era decididamente optimista. Siempre trataba de ver el lado bueno de las cosas. Con la ferocidad de un ángel vengador, buscaba las virtudes del prójimo. Miss Jones enseñaba en la escuela de la misión y ayudaba a su hermano en el ejercicio de la Medicina. Cuando había alguna operación quirúrgica, ella se encargaba de la anestesia, y era la directora, la enfermera y la criada del pequeño hospital que míster Jones, por iniciativa suya, había añadido a la misión. Pero el gobernador era un hombre obstinado y no cedió en su empeño de encontrar motivos de diversión en la terca lucha que el reverendo Owen sostenía contra los vicios de la naturaleza humana y en el eterno optimismo de miss Jones. Tenía que divertirse como mejor pudiera. Los barcos holandeses hacían tres escalas en el puerto cada dos meses, permaneciendo en él sólo unas horas, y únicamente entonces podía irse de juerga con el capitán y el jefe de máquinas. Una vez llegó por casualidad a la isla un lugre perlero de Thursday Island o Port Darwin, y durante dos o tres días se divirtió de lo lindo. Los pescadores de perlas son en su mayoría hombres toscos, pero llevan a bordo licores en abundancia y saben contar buenas historias. El go-

bernador los invitó, ofreciéndoles una magnífica cena, que obtuvo tanto éxito que se emborracharon hasta el extremo de no poder regresar al barco aquella noche. Aparte del misionero, el único blanco que vivía en Barú era Ginger Ted, y éste era, desde luego, la deshonra de la civilización. Nada podía alegarse en su favor. Era el descrédito de la raza blanca. Sin embargo, de no haber sido por Ginger Ted, al gobernador le hubiera parecido insoportable la vida en la isla de Barú.

Y, cosa extraña, por culpa de este pícaro, míster Jones, en vez de estar instruyendo a los jóvenes paganos en los misterios de los dogmas anabaptistas, se vio obligado a hacer aquella visita matutina a míster Gruyter.

—Siéntese, míster Jones —dijo el gobernador—. ¿En qué puedo servirle?

—Bien, he venido a verle para hablarle de ese individuo llamado Ginger Ted. ¿Qué va usted a hacer ahora?

—¿Qué ha sucedido?

—¿No lo sabe? Supuse que el sargento se lo había dicho ya.

—Yo no permito que mis subordinados vengan a verme a mi domicilio particular, a no ser que se trate de un asunto urgente —dijo el gobernador con cierto énfasis—. Yo no soy como usted, míster Jones. Trabajo para poder descansar, y cuando hago esto me gusta que no me moleste nadie.

Pero a míster Jones no le seducían las conversaciones frívolas ni le interesaban tampoco las reflexiones de carácter general.

—Anoche armó un altercado lamentable en una tienda china, destrozando el local y faltando poco para que matara a un chino.

—Supongo que estaría borracho otra vez —dijo el gobernador plácidamente.

—Desde luego. ¿Cuándo no lo está? Avisaron a la policía y atacó al sargento. Se necesitaron seis hombres para

encerrarle en el calabozo.

—Es un hombre robusto —dijo el gobernador.

—Supongo que lo enviará usted a Macassar.

Evert Gruyter respondió a la mirada ofendida del misionero con un alegre parpadeo. No era tonto, y comprendió inmediatamente lo que pretendía míster Jones. Para divertirse, quiso fastidiarle un poco.

—Por fortuna, mis poderes son lo suficiente amplios para juzgar el hecho —contestó.

—Si usted quiere puede deportarlo, y estoy seguro de que nos ahorraríamos muchas molestias si nos viéramos libres de ese hombre.

—Puedo hacerlo, naturalmente, pero estoy seguro de que usted es el primero en no desear que use de mi autoridad arbitrariamente.

—Míster Gruyter, la permanencia de ese hombre en la isla es un continuo escándalo. Está borracho de la mañana a la noche y, además, es notorio que sostiene relaciones con una indígena tras otra.

—Este es un punto interesante, míster Jones. Yo tenía entendido que los excesos alcohólicos estimulaban el apetito sexual, pero impiden su goce. Lo que usted me dice de Ginger Ted no parece estar de acuerdo con esa teoría.

El misionero enrojeció vivamente.

—Esas son cuestiones fisiológicas que no quiero discutir en este momento —dijo con frialdad—. La conducta de ese hombre causa un daño incalculable al prestigio de la raza blanca, y su ejemplo dificulta seriamente los esfuerzos que otros realizan para impedir que los habitantes de estas islas observen una vida llena de vicios. Es un indeseable en todos los conceptos.

—Perdone mi pregunta, pero ¿ha tratado usted de conducirlo al buen camino?

—Cuando llegó aquí hice lo posible por ponerme en contacto con él, mas rechazó mis insinuaciones. Cuando

ocurió el primer incidente fui a verle y le hablé de hombre a hombre, pero me mandó a paseo renegando.

—Nadie aprecia más que yo la labor que usted y los demás misioneros llevan a cabo en esta isla, pero ¿está usted seguro de ejercer siempre su ministerio con todo el tacto posible?

Al gobernador le gustó su frase. Era extraordinariamente cortés y al mismo tiempo contenía un reproche que creyó necesario. El misionero le miró gravemente. Sus tristes ojos castaños reflejaban una profunda sinceridad.

—Míster Gruyter, el tacto es el subterfugio de que se salen los débiles para rehuir el cumplimiento de su deber.

La respuesta de míster Jones hizo que el gobernador sintiera de pronto la necesidad de beberse una botella de cerveza. El misionero se inclinó hacia adelante con vehemencia:

—Míster Gruyter, usted conoce la conducta de ese hombre tan bien como yo. Así, pues, no es necesario que se la recuerde. No tiene ninguna disculpa, y ahora ha pasado del límite de lo tolerable. Nunca se le presentará una ocasión mejor que ésta. Le suplico que haga uso del poder que tiene y lo expulse de aquí de una vez para siempre.

Los ojos del gobernador brillaron más vivamente que nunca. Aquello era muy divertido. Entonces pensó que la naturaleza humana era mucho más entretenida cuando uno no se veía obligado a enjuiciarla para conceder un premio o un castigo.

—Tal vez no le haya comprendido bien, míster Jones. ¿Está usted pidiéndome que le prometa deportar a un hombre antes de haber visto qué pruebas hay contra él y de oír su defensa?

—No sé cuál podrá ser su defensa.

El gobernador se levantó de la silla y consiguió que sus cinco pies y cuarto de altura adquiriesen cierta majestad.

—Yo estoy aquí para administrar justicia según las leyes del Gobierno holandés. Permítame que le diga, míster Jo-

nes, que me ha sorprendido extraordinariamente que usted intente inmiscuirse en mis funciones judiciales.

El misionero se quedó un poco aturdido. Nunca pudo pensar que aquel mequetrefe diez años más joven que él adoptara semejante actitud. Abrió la boca para excusarse, pero el gobernador levantó su rolliza mano.

—Ya es hora de que vaya a mi oficina, míster Jones. Buenos días.

El misionero, sorprendido, saludó con un movimiento de cabeza y salió de la habitación sin decir una palabra, y se hubiera quedado atónito al ver lo que hizo el gobernador en cuanto le volvió la espalda. En sus labios se dibujó una sonrisa irónica y, poniendo el dedo pulgar en la nariz, le hizo una burla.

Unos minutos más tarde llegó Gruyter a su oficina. Su secretario, un mestizo holandés, le dio la versión del incidente de la noche pasada. Coincidió exactamente con la de míster Jones. Aquel día se celebraban juicios.

—¿Quiere usted que pase primero Ginger Ted, señor?
—preguntó el secretario.

—No veo por qué. Hay aún dos o tres juicios del último día pendientes. Le llamaremos cuando le llegue el turno.

—...Creí que, como es un blanco, querría verle en privado, señor.

—La majestad de la Ley no hace distinciones entre hombres blancos y de color, amigo mío —dijo míster Gruyter enfáticamente.

La sala de juicios era una espaciosa habitación cuadrada, con bancos de madera donde se sentaban apretadamente indígenas de todas las razas: polinésicos, buguis^[1], chinos y malayos, los cuales se pusieron en pie cuando se abrió la puerta y el sargento anunció la llegada del Gobernador. Míster Gruyter entró, seguido del secretario, sentándose ante una mesa de pino tea barnizada, colocada sobre una pequeña tarima. Tras él pendía de la pared un gran retrato de la reina Guillermina. Despachó media docena de

casos, y después hicieron entrar a Ginger Ted, que permaneció en el banquillo de los acusados con las esposas puestas y entre dos guardias. El gobernador le miró con rostro serio, pero no pudo evitar que en sus ojos se reflejase una mirada divertida.

Ginger Ted sufría aún los efectos de la pasada borrachera. Se sostenía en pie con dificultad, y sus ojos miraban estúpidamente. Era un hombre joven, de unos treinta y tres años, de estatura algo superior a la mediana, más bien grueso, de rostro sanguíneo y pelo rojizo y rizado. No había salido ileso de la lucha que sostuvo. Tenía un ojo morado y un corte en su boca hinchada. Llevaba unos cortos pantalones caquis muy sucios y raídos, y una camiseta destrozada por la espalda. A través de un jirón se veía la espesa mata de pelo rubio que cubría su pecho y la extraordinaria blancura de su piel. El gobernador leyó la hoja de cargos y llamó a los testigos. Cuando hubo interrogado al chino a quien Ginger Ted estuvo a punto de descalabrar con una botella; después de oír la agitada historia del sargento que de un puñetazo había quedado sin sentido al intentar detenerle; cuando se enteró de los daños que había ocasionado en su borrachera, destrozando cuanto estuvo al alcance de su mano, se volvió hacia él, diciéndole en inglés:

—Bien, Ginger, ¿qué tienes que decir en tu defensa?

—Que estaba ciego. No recuerdo nada. Si dicen que faltó poco para que matara a un hombre, probablemente será verdad. Que me den tiempo y pagaré los daños causados.

—Naturalmente que los pagarás, Ginger —dijo el gobernador—. Pero soy yo quien te fijará el tiempo.

Durante unos segundos miró a Ginger Ted silenciosamente. Era un ser repugnante. Un hombre completamente degradado. Era, en verdad, algo horrible. Su vista estremecía, y si míster Jones no hubiera sido tan oficioso, el gobernador, sin duda alguna, hubiese ordenado en aquel momento su deportación de la isla.

—Desde que llegaste aquí, Ginger, no has hecho más que dar trabajo. Eres una desgracia. Eres un vago incorregible. Son infinitas las veces que te han recogido borracho del arroyo. Has tenido una bronca tras otra. La última vez te dije que si te volvían a arrestar te juzgaría con severidad. Ya has pasado del límite y tendrás que soportar las consecuencias. Te condeno a seis meses de trabajos forzados.

—¿A mí?

—Sí.

—¡Dios santo! ¡Le juro que le mataré en cuanto me vea libre!

Ginger comenzó a proferir maldiciones. Míster Gruyter le escuchó burlonamente. Se puede jurar mucho mejor en holandés que en inglés, y Ginger no pudo decir nada que alterara al gobernador.

—No alborotes —le ordenó—. Me estás cansando.

El gobernador repitió la sentencia en malayo y se llevaron al preso, que se resistía con furia.

Míster Gruyter estaba de un humor excelente cuando se sentó a comer. Era extraordinario lo divertida que podía ser la existencia con un poco de ingenuidad. En Amsterdam y hasta en Batavia y Surabaya había gente para quien aquella isla era un lugar de destierro. No podían imaginarse lo agradable que era y las imprevistas diversiones que en ella se encontraban. Solían preguntarle si no echaba de menos el club, las carreras, el cine, los bailes que se celebraban semanalmente en el casino y la compañía de las señoras holandesas. Desde luego, no. Le gustaba la comodidad. Los muebles de la habitación en que se hallaba eran bastantes sólidos. Le agradaba leer novelas frívolas francesas, deleitándose al poder terminar una tras otra sin que le remordiera la conciencia por estar perdiendo el tiempo. Cuando su joven corazón sentía deseos de amor, su *boy* le llevaba a su casa una mujercita de tez cobriza y ojos brillantes que vestía un *sarong*. A su juicio, el cambio conservaba la juventud del corazón. Disfrutaba de una gran independencia y no se

sentía abrumado por el peso de la responsabilidad. El calor le era indiferente. Se duchaba con agua fresca seis veces al día, experimentando un placer casi estético. También tocaba el piano y escribía cartas a sus amigos de Holanda. No echaba de menos las conversaciones con personas cultas. Le gustaba reírse, y esto lo mismo podía conseguirlo con un analfabeto que con un profesor de Filosofía. Se consideraba un hombre muy cuerdo.

Como todos los buenos holandeses de Extremo Oriente, tomaba antes de comer una copita de ginebra de su país. Esta tiene un gusto picante y rancio y hay que estar acostumbrado a ella, pero míster Gruyter la prefería a los *cocktails*. Además, al bebería, le parecía que estaba haciendo honor a las tradiciones de su patria. Después le servían *rysttafel*. Era su invariable comida diaria. Se servía en un plato sopero una gran cantidad de arroz, después tomaba la salsa que le ofrecía uno de los tres *boys* que atendían a la mesa, y el huevo frito y el condimento que le presentaban los otros dos. A continuación cada uno le llevaba una fuente de tocino, o de plátanos, o de pescado en escabeche, hasta formar en su plato un montón de comida como una pirámide. Luego lo mezclaba todo y comenzaba a comer. Lo hacía lentamente y con fruición, regando la comida con una botella de cerveza.

Cuando comía no pensaba. Toda su atención estaba concentrada en aquella masa que tenía delante, y la engullía placenteramente abstraído. Aquél era un plato que nunca le hartaba. Y al terminar tenía la compensación de pensar que al día siguiente volvería a comer de nuevo *rysttafel*. Le cansaba tan poco como a cualquiera de nosotros el pan. Al terminar la cerveza encendía un cigarro. El *boy* le servía una taza de café. Entonces se recostaba en su silla, permitiéndose el lujo de pensar.

Le divertía haber condenado a Ginger Ted al bien merecido castigo de seis meses de trabajos forzados, y sonrió al pensar que tendría que trabajar en la carretera con los de-